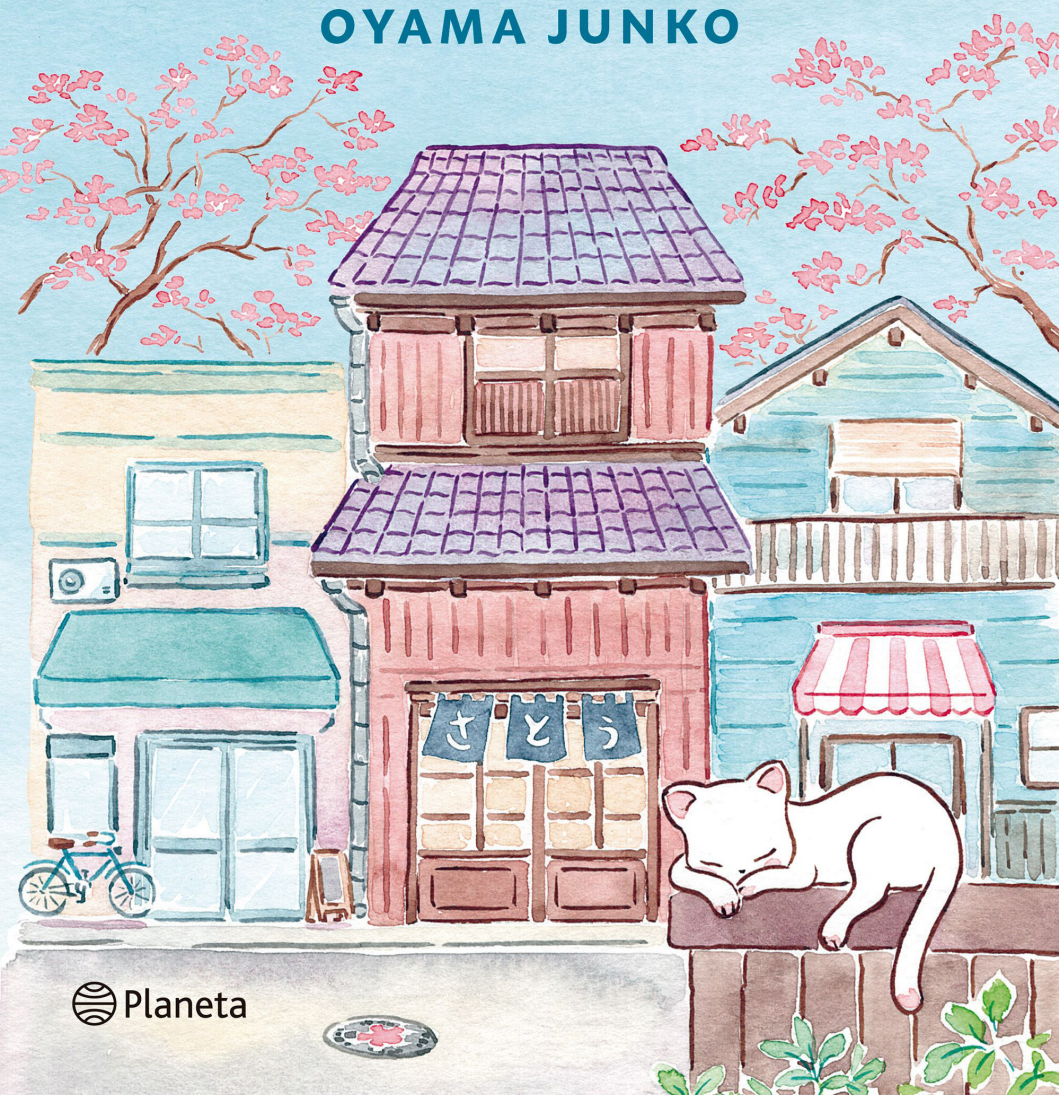


La tienda de los objetos misteriosos

OYAMA JUNKO



OYAMA JUNKO

La tienda
de los objetos
misteriosos

El custodio de los tesoros

Estamos en el extremo oeste de la galería comercial Konpeitō del Parque del Mañana.

Pasa mucha gente, pero nadie le presta atención a esta tienda porque no tiene un cartel. Solo una sencilla cortina *noren* teñida de azul índigo, con el apellido “Satoo”, escrito en blanco con suave caligrafía hiragana. Desde afuera no se entiende si es una tienda o una casa particular. Apenas se ingresa, resulta claro que es una tienda pues hay un dueño. No hay mercadería a la vista. Sin embargo, dado que hay un dueño, hay que reconocer que se trata de una tienda.

Está sentado detrás de un mostrador de vidrio, en un rincón de una tarima de seis tatami. Lee en la penumbra. Sobre un escritorio bajo hay un libro de gran tamaño y, aunque está oscuro, no hay luces encendidas. Desliza la palma de la mano continua-

mente de izquierda a derecha, como si acariciara las páginas. En medio de la tarima hay un almohadón mullido que está reservado a las visitas. El del dueño, de tanto uso, ha adelgazado con el peso de su cuerpo.

Según los días puede o no haber clientes. El dueño considera la espera como parte de su trabajo, y se da tiempo para leer un libro de 7 a 11, cierra al mediodía y reabre de 15 a 19.

El reloj de pie da ocho campanadas.

—Buenos días.

Es la primera clienta de la mañana. Una jovencita que carga una mochila escolar roja, de la que cuelga un amuleto, cuyo cascabel tintinea agudo.

—Buenos días.

El dueño la recibe con una sonrisa y le señala el almohadón. De pie ella se quita la mochila de la espalda y saca una hoja de papel.

—Le encomiendo esto.

El dueño la toma y con la palma de la mano la acaricia dos veces.

—Entendido —responde. Luego, le pregunta—. ¿Su nombre?

—Kakinuma Nami.

—Señorita Kakinuma Nami, ¿por cuántos días se la cuido?

—Una semana.

—Bien. Por día son 100 yenes, así que en total 700.

Ella saca de la mochila un monedero rosa con orejas de conejo y toma una moneda de 500 y dos de 100. Se las pone en la palma de la mano.

Él las revisa con la punta de los dedos y dice:

—Si llega a venir antes de que se cumpla la semana, no hay devolución de dinero. Y si no regresa pasado ese tiempo, el artículo pasa a ser mío. ¿Comprendido?

Ella acepta y vuelve a cargar la mochila.

—Qué tenga un buen día en la escuela —le dice a modo de despedida.

La muchacha gira la cabeza sorprendida y en voz baja musita “gracias” y se va. El sonido del cascabel va apagándose hasta resultar inaudible.

Con el papel en una mano, él se dirige al cuarto del fondo. Allí guarda el artículo que le han confiado. No toma nota de nada, no puede leer. En compensación, su memoria es excelente y recordará con exactitud el nombre de la cliente y el período que corresponde al objeto custodiado.

Cuando alguien viene a retirar su objeto, apenas entra y dice “buenas tardes”. Sin necesidad de que se presente, solo por su voz, el dueño responde con seguridad, por ejemplo, “ah, Yamada Taroo”. Y los sorprende, porque parece que los viera. Y mientras el cliente no sale de su asombro, vuelve con el artículo

desde el cuarto del fondo y se lo entrega. Jamás se equivoca. Tiene la habilidad de un mago.

No conozco ese cuarto, y no tengo idea de dónde y cómo guarda las cosas.

Trato de imaginarlo. Lo tiene grabado en la cabeza, con su infinita cantidad de cajones, en los que almacena todo. Cierra cada uno diciendo el nombre, por ejemplo, “Kakinuma Nami”, y lo vuelve a abrir con soltura al retirar el artículo. Creo que están en su memoria totalmente organizados.

Es un tipo amable, que atrae a la gente. Creo que todos nos disponemos a ayudarlo. Y los cajones no son una excepción. Yo, como testigo, me limito a permanecer en la entrada y me muevo con suavidad agitada por el viento. Cumpló un rol importante, aviso a la clientela si la tienda está abierta o cerrada.

Así tal cual.

Soy la cortina *noren*. Y siento orgullo de ser la mano derecha del patrón.

Vuelve del fondo y retoma la lectura.

Me gustan los tiempos tranquilos en que se hace cargo de la tienda en soledad.

No me aburre verlo leer durante horas. Su postura es elegante. Como no sigue las letras con los ojos, su espalda se mantiene derecha. Su cara es firme y su piel blanca. El cabello corto y su mentón bien formado y en punta, siempre afeitado con la tez de un tono

azulado. Los brazos son largos y delgados. El dorso de la mano es fino con los huesos que sobresalen. Viste siempre una camiseta limpia y un pantalón de lino. Va descalzo. Tiene pies grandes y, en invierno, usa una chaqueta acolchada y medias de lana.

El reloj de la tienda da once campanadas. Es la hora del descanso.

Se pone de pie, baja al piso de piedra y se calza las sandalias, y extiende su bella mano hacia mí cuando —justo para interrumpir su gesto— entra una mujer gorda.

—Buenos días.

El dueño sonríe.

—Señora Aizawa, gracias por todo como siempre —responde e inclina la cabeza.

La reconoce por la voz. No es una clienta.

—Perdón por la tardanza. Esta vez demoré un poco más de lo habitual.

Se excusa y deja caer el pesado atado que trae con ella sobre el tatami.

Cuando ve que el dueño está por ir al cuarto del fondo, dice:

—Hoy no le acepto el té. No se moleste. Debo ir al hospital y tengo poco tiempo.

—¿Algún problema?

Ante la pregunta, la señora Aizawa se muestra dubitativa, pero luego explica afable:

—Algo con la vista, la semana pasada me hice un estudio y hoy me dan los resultados. No se preocupe. No es algo grave.

En silencio, él abre el envoltorio y levanta un libro en braille, tan grueso como una guía de teléfono.

La señora le dice con voz alegre.

—Mientras vea, seguiré. Le ruego que continúe leyendo.

Él abre la tapa y toca las páginas.

—Es una novela de amor, ¿no?

—Era tan larga que me dio una contractura en los hombros.

— ¿Es emocionante?

—No sé qué decir, pero me dio nostalgia. Recorde las emociones del enamoramiento. Es un libro romántico. Usted que es joven, señor Kirishima, sin duda se conmoverá. Léala sin falta.

—La empezaré hoy mismo.

La señora sonríe y se queda como oteando a la lejanía.

—Los dos leímos los mismos libros, y en gran cantidad.

—Cierto.

—Mi sueño es transcribir en braille los libros de la biblioteca, de una punta a otra de los estantes... Seguramente mis ojos no lo soportarán.

Su cara se apaga como por un corte de electricidad. Si bien no ve, el dueño capta su emoción e intenta motivarla.

—En ese caso, podría prestarle de a poco los libros que fui recibiendo.

El rostro de la señora Aizawa vuelve a iluminarse.

—¿Acaso no pensaba devolvérmelos? ¿Y para colmo aclara que de a poco?

—Es que me son tan caros.

Al escuchar estas palabras, los ojos de la señora se humedecen, sabe dominarse para evitar que se derramen lágrimas.

—Contando con libros, no hay nada que temer.

Y se va. Y aunque el dueño no puede verla, le sonríe.

Ahora extiende su mano para retirarme, y me enrolla, me apoya contra la pared. Desliza la puerta de vidrio y se va al fondo.

No sé dónde estuvo entre las 11 y las 15. Tal vez organizando en su cabeza algún cajón de la habitación, o tal vez salió por la puerta trasera para ir a la peluquería.

Lo ignoro todo sobre los asuntos de ese fondo y del exterior, pero me enorgullece saber más que él sobre esta casa. Hace ya tres generaciones que flameo aquí agitada por el viento. Hace tres generacio-

nes esta era una tienda de repostería japonesa tradicional. Era la “Pastelería Kirishima” tal cual rezaba el cartel. En la posguerra, cuando el azúcar era todavía algo prohibitivo, el dueño de ese momento, con un agudo olfato para los negocios, se fabricó una cortina *noren* con la palabra “Satoo” en letras hiragana en blanco. Sin dinero para encomendarla a un artesano, él mismo la tiñó y trabajó la caligrafía con cera. A muchos no les gustó el recurso, porque opinaron que se acentuaba demasiado el asunto. Fue efectiva. Dio en el blanco Los clientes se vieron atraídos por la caligrafía blanca de “Satoo” que aludía al azúcar. En tiempos difíciles, la dulzura era una luz de esperanza. Y hasta había gente que vendía su ropa para disfrutar de esta luz.

El de la segunda generación odió la confección de dulces, frecuentó la universidad y se convirtió en *salaryman*. Fue su mujer la que heredó el negocio, pero era débil y padecía de asma. De un día para otro abandonó todo y la tienda de dulces cerró. El trabajador y su esposa son los padres del actual dueño.

La mujer lo dejó todo, y después también el padre desapareció. Así fue como el hijo abandonado, con solo 17 años, inició el negocio de custodio de objetos.

Custodio de objetos.

Un negocio extraño y que, por su rareza, se podría calificar como marginal. Sin competidores, si-

gue adelante. Solo tiene que cuidar lo que le dejan, sin importar lo que sea, por 100 yenes cada día. Con pago adelantado se pacta el período y, si el cliente no vuelve, pierde lo que ha encomendado. El dueño puede vender lo que sea comerciable, o usar lo que le sea útil, o deshacerse de lo inservible.

La diferencia con una casa de empeño es que recibe dinero. Cuidar cosas como una tarea exclusiva. Transformó en algo positivo aquello a lo que su discapacidad visual lo forzaba. Es incapaz de leer o ver los objetos, o de reconocer la cara de los clientes. Ellos saben que su privacidad está garantizada y que hay una absoluta confianza. Hasta ahora, no se ha presentado ningún problema. Alguno que otro momento perturbador, pero nada grave.

Inició este negocio a los 17 años, cuando todavía no era el dueño: había perdido a su familia, el cartel de la pastelería desapareció, y yo fui enrollada y abandonada en un rincón sobre el frío piso de piedra.

Esta es la casa de un joven ciego llamado Tooru Kirishima.

Una medianoche, escuché unos golpes en la puerta de vidrio, y al abrir Tooru con su llave, entró un desconocido que, con voz baja y amenazante, le preguntó:

— ¿Estás solo?

—Sí.

El hombre entrecerró los ojos, inspeccionó el lugar y recorrió el espacio con sus zapatos embarrados. Se tropezó conmigo y me pisó. No lo hizo adrede. Es que estaba muy oscuro. Sin descalzarse, se dirigió sin consideración ni prudencia al fondo y le preguntó en voz baja: “¿Dónde está la luz? Está muy oscuro”.

Por lo general, Tooru no encendía las luces. Esa vez, guiándose por su memoria, buscó a tientas la ficha de la luz y la habitación se iluminó, con una bombita de luz vieja, tan débil que parecía a punto de extinguirse. El hombre verificó que no había nadie atrás y regresó a la tienda. Fue entonces cuando se fijó en mí. Me levantó del piso y me desenrolló.

Con cara de sorpresa, se dio cuenta de que me había pisado. Me sacudió con unos golpes para quitarme el barro, y me apoyó contra la pared sin volver a enrollarme.

No me causó una mala impresión.

Creo que la claridad lo tranquilizó. Al darse cuenta de que no se había descalzado, lo hizo con brusquedad, y se sentó sobre el tatami con las piernas cruzadas e invitó a Tooru a hacer lo mismo.

Fue recién entonces que se dio cuenta de que Tooru era ciego. No dijo nada. Lo noté aliviado, como si su tensión se hubiera diluido.

Le entregó algo envuelto en papel de diario. Tooru palpó el paquete para evaluar su forma, se mostró sorprendido y con prisa desplegó el papel.

Lo que vi acrecentó mi aprensión.

Tooru tocó el objeto con respeto y verificó con detenimiento su textura y peso; su cara revelaba cierta curiosidad, pero nada de temor. Tenía una expresión de ansiedad expectante. A los varones, sin importar su edad, esa clase de objetos siempre los atraen.

—Le pido que me lo cuide —dijo el hombre.

Internamente, pegué un grito. *Qué se vaya de una vez*. No toleraba que apareciera con semejante complicación.

Tooru no dijo nada. Fue ahí que el hombre sacó un sobre de su cuerpo. “Es el dinero por la custodia. Úselo como le parezca”. Y se lo puso contra el pecho.

Tooru revisó el contenido con sus dedos. Eran billetes. Había unos diez.

—Puede ser en el armario o en el mueble de cajones, o en el altillo. En un lugar al que solo usted tenga acceso.

—...

—Por favor.

Era toda una novedad. Porque hasta entonces nadie le había encargado nada a Tooru. Y lo veía desconcertado.

A continuación el hombre dijo:

—Vengo a buscarlo en dos semanas.

—¿Dos semanas?

—Sí, seguro vuelvo, pero si en dos semanas no aparezco, es suyo.

Hizo esta promesa unilateral y lanzó un suspiro profundo. Se calzó y puso la mano en la puerta de vidrio.

—¿Su nombre? Por las dudas para no devolvérse-lo a otra persona.

—Sanada Kootaro —le respondió.

—Sa-na-da Koo-ta-ro.

Y mientras lo repetía, el hombre desapareció.

En total, fueron unos quince minutos.

Desde aquel día, Tooru fue otro.

¡Cómo explicarlo! Renació, se sentía diferente. Hasta entonces pasaba todo el día en la habitación del fondo, pero, después de haber ocupado esa noche el espacio de la tienda, empezó a pasar más tiempo ahí limpiando con un trapo los tatami o escuchando la radio sentado sobre la tarima.

Tres días después de que el hombre dejó eso a su cuidado, oyó por la radio esta noticia:

“Fue arrestado en el embarcadero del puerto de Tokio Sanada Kootaro, de 47 años, un mafioso buscado por haber herido a un senador del Congreso Nacional. Sanada niega la acusación y no tiene el revólver usado en el crimen. Ahora hay 50 agentes de policía buscando el arma en el fondo del mar”.

Con el oído pegado a la radio, se enteró de todo, y murmuró: “Sanada Kootaro”.

¡El tipo le había dado su verdadero nombre!

Si convocaban a Tooru, la pistola pasaría a manos de la policía, y sería una prueba clave para identificar al criminal. ¡Qué raro que haya dado su verdadero nombre!

Un verdadero caso policial. Tooru de inmediato tomó el teléfono.

—Preséntese lo más pronto posible.

Me puse nerviosa y esperé la llegada de la policía a la tienda. Un verdadero drama.

Pero para mi decepción el que apareció fue un empleado de la Sección de Bienestar Social de la Municipalidad. La misma persona que usualmente se presentaba por los trámites públicos. Era un hombre de mediana edad que transpiraba mucho. No era una mala persona, al contrario se lo veía bondadoso. Para mis adentros me dije: “Qué decepción. Justo la persona inadecuada para la puesta en escena de un drama auténtico”.

Tooru ni mencionó a Sanada Kootaro. Se limitó a entregarle a este tipo un papel para que escribiera algo, y luego lo pegó sobre la puerta de vidrio.

“CUSTODIO TODO TIPO DE COSAS”

E hizo los trámites para iniciar su negocio. Cuando este empleado público le preguntó su nombre comercial, contestó: “Kirishima”.

Desde ese día se convirtió en el patrón, y me colgó en la entrada bajo el alero. Así se inició la tienda de custodia de objetos. Seguramente el dueño no se dio cuenta de que yo llevaba escrito “Satoo”, pues había perdido la vista antes de alcanzar la estatura suficiente para conocerme.

Los transeúntes la reconocen como “Tienda Satoo”, por lo que está escrito en la cortina *noren* y porque el cartel solo reza “Custodio todo tipo de cosas”. En el plano de la galería comercial “Konpeitoo” del Parque del Mañana que se hizo hace tres años consta como “Tienda de custodia Satoo”.

Esta incoherencia, entre lo que entiende el dueño y lo que leen los clientes, no es un problema ni para uno ni para los otros.

El negocio es un éxito.

No digo que sean muchos, pero siempre alguien tiene algo que dejar en custodia. Por caso, cosas que no se quieren mostrar a la familia, o algo que se desea apartar por un tiempo.

Hay gente que deja cosas durante el lapso de indecisión que hay entre desprenderse y deshacerse. Cuando se llega al veredicto de tirar, ya no importa que la tienda se las quede. Y se evita la culpa de hacerlo uno mismo.

Muñecos para el altar del Festival de las Muñecas, anillos de casamiento, pelucas, almohadas, sake,

testamentos, tableros de juegos de mesa, violines, vajijas para cenizas y hasta tablillas mortuorias. Jamás él pregunta de qué se trata ni las razones. Solo recibe sin ningún tipo de sentimiento. Como si se convirtiera él mismo en depósito o estante.

Los que vienen tienen algún problema, sea grande o pequeño, y quieren desprenderse o deshacerse de cosas. El modo de manejar el negocio es sin curiosidad alguna, y es el modo correcto porque brinda un servicio notable por su claridad.

Sin embargo, hay clientes que explican con minucia sus razones, y otros que vienen a conversar. Siempre se los escucha con paciencia. Algunos, tras entablar conversación, cambian de idea y se llevan el objeto. En estos casos, no hay costo, solo la pérdida del tiempo de escucha. Pero él siempre inalterable, con su cara cordial, los despide con un “qué le vaya bien”.

Si fuera el caso de tortugas o gatos, hace una o dos preguntas sobre su cuidado. Si es algo frío al tacto, consulta si necesita refrigeración. Algunos vienen ya con la idea en mente de desprenderse y complican las cosas. Pagan 100 yenes, pidiendo cuidado por solo un día y no regresan, toman el servicio como vertedero para residuos a bajo costo. Si son bicicletas o televisores, no los usa. Lo que no se puede revender, lo deriva al gobierno local y pasan a buscarlo.

Hubo un caso en que los gastos de recolección fueron más altos que el valor del propio objeto.

También le dejaron un gato enfermo, sin fuerzas. De inmediato llamó al veterinario, que no llegó a tiempo. El gato lanzó su último aliento sobre sus rodillas. En esos soplidos estaría contenida su alma. Fue él quien sostuvo el cuerpo que se iba poniendo frío.

Sea lo que venga, lo acepta. Es su trabajo.

Un día, se dio cuenta de que faltaba el cartel escrito a mano. Como estaba pegado con cinta y mal adherido, se lo había llevado el viento. Pero no volvió a pegar otro. Cuando la clientela mermó, aparecieron los que verdaderamente deseaban su custodia.

Sin duda, le agrada su trabajo. Ignoro cómo era su vida antes en la parte del fondo, pero era evidente que fue la tienda su conexión con el mundo exterior.

¿Y qué habrá de aquel Sanada Kootaro?

No apareció más. Ya pasaron diez años. Así que habrá terminado su condena y tal vez haya tomado el buen camino. El objeto problemático al final se volvió suyo, aunque no tengo manera de verificar si lo vendió o lo conserva.

La señora Aizawa que vino este mediodía nunca le ha confiado nada. Apareció de repente hace dos años diciendo: “Empecé como voluntaria de transcripción

de braille, ¿me haría el favor de leer este libro?”, y se lo dejó. Así empezó el vínculo.

Habían pasado veinte años desde que había perdido la vista a los siete, y vivía con su discapacidad visual como un veterano de la oscuridad. Por supuesto, dominaba el braille, pero la mayoría de los libros los escuchaba en una biblioteca virtual por suscripción. Es un joven que vive el presente, es inteligente y sabe cómo procurarse confort contando con la información precisa.

Al leer después de tanto tiempo otra vez en braille, además de entretenerse con los libros que la señora le traía, se divertía encontrando errores en las marcas aquí y allí.

—En lugar de libros para niños, me gustaría algo más para adultos —se atrevió a pedirle.

El primer libro que ella le había llevado fue *Anne, la de tejados verdes* y después *Sin familia* y *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*, que ya conocía de su infancia.

¿Quizá la señora Aizawa no había leído libros de pequeña? Parecía no darse cuenta de que eran para niños. Se mostró muy avergonzada y le pidió: “Si me los indica, se los transcribo”.

Pero él dijo: “No, leo lo que usted elija”. Y esto la contrarió pues entendió que su tarea de voluntaria también incluiría la elección de los libros, algo que sintió como muy comprometedor.

Yo la veía como una señora de unos cincuenta y pico; y carecía del aplomo esperado para esa edad. Tal vez era una ama de casa que había terminado la crianza de sus hijos y que, demasiado acostumbrada a atender a su familia y sin valor para disponer de su tiempo personal, había encontrado en el voluntariado un modo de llenar su tiempo. Por eso su actitud era tan humilde. Tenía más o menos la edad de la madre del dueño, pero su comunicación era como de padre a hija, algo que no dejaba de ser encantador.

El reloj de pie dio tres campanadas: la hora de apertura de la tarde. El dueño vino desde el fondo, deslizó la puerta de vidrio y me volvió a colgar en el lugar de siempre.

Recién ahora inicia la lectura de la novela romántica que la señora Aizawa le ha traído. Cada cinco páginas se le dibuja una sonrisa. ¿Será una historia risueña? ¿O estará encontrando errores en la tarea de la señora?

Sacudida por el viento, imagino la historia que lee. Sucede en un océano lejano y cuenta algo acaecido hace mucho. El dueño es un rey y yo una reina del país enemigo. Imagino cosas como que superamos peripecias varias y, finalmente, estamos juntos, aunque también sería romántico un final más triste.

Imagino que el rey es ciego. La ceguera es parte de su naturaleza y es un dato que no puedo eliminar.

De niño, Tooru tenía ojos grandes de muñeco, y piel blanca, solía venir corriendo desde el fondo, y pasaba de largo por debajo de mí. Era inquieto y chocaba con alguna bicicleta que circulaba. Lo veo como si fuera ahora, llorando por las lastimaduras en sus rodillas. Era muy llorón en esa época.

Después de que perdió la luz a los siete años, no lo vi llorar más. Como si sus lágrimas se hubieran ido con ella. No sé cómo perdió la vista. En ese entonces, su padre era un trabajador, y su esposa, es decir la madre de Tooru, se encargaba de la pastelería. Tenía empleados y yo escuchaba sus conversaciones, pero nunca mencionaron lo de la vista del niño.

Estaba prohibido entrar en la galería comercial con autos, a excepción de los vehículos de servicio. Un día, cuando la madre subió a la camioneta para hacer entregas, Tooru lloraba en la entrada de la tienda, así que ella lo llevó en el asiento de adelante. Recuerdo que cuando la camioneta empezó a moverse, Tooru me lanzó una mirada llena de orgullo. ¿Habría llorado para conseguir eso? Yo, con la intención de expresarle un “Hasta la vuelta”, aproveché el viento para agitarme con un vuelo especial.

Esa fue la última vez que Tooru me vio con sus ojos.